FUÉ INAUGURADO AYER EN PROVIDENCIA EL MONUMENTO A JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Presidieron la ceremonia los Ministros de Interior y Relaciones, Defensa, Educación y Trabajo; el Embajador Extraordinario de Uruguay, señor Dardo Regules y otras personalidades.

INTERPRETACION DE LA VIDA Y DE LA OBRA DEL ILUSTRE PENSADOR

Se efectuó a mediodía de ayer la ceremonia de inauguración oficial del monumento al ilustre pensador uruguayo José Enrique Rodó, realizado por el artista Tótila Albert y ubicado en el Parque Gran Bretaña, al fondo de la Avenida Providencia.

Presidieron este acto los Ministros de Interior y Relaciones, don Joaquín Fernández; de Defensa Nacional, general Arnaldo Carrasco; de Educación, don Enrique Marshall; de Trabajo, don Mariano Bustos; los subsecretarios de Relaciones, Marina y Aviación, señores Claudio Aliaga, Horacio de la Fuente y Enrique Núñez Morgado; el jefe del Protocolo y el Director del Departamento Diplomático; el Embajador Extraordinario de la República Oriental del Uruguay, señor Dardo Regules; personal de la Embajada y del Consulado uruguayo; el Embajador de Panamá, el Intendente de la Provincia; los alcaldes de Santiago y Providencia; el vicepresidente de la Corporación de Fomento, El rector de la Universidad de Chile y otras personas.

En torno al sitio en que se halla el monumento, habían tomado colocación desde temprano alumnos y alumnas de todas las escuelas de la Comuna de Providencia; alumnos de la Escuela N.o 13 de Santiago, guardadora del pabellón nacional uruguayo; una banda del Regimiento Cazadores; regidores de la Municipalidad de Providencia y un numeroso público.

La ceremonia se inició exactamente a las 11.50 A. M., a la llegada del Ministro señor Fernández y del Embajador señor Regules.

EL DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION

Después de haberse ejecutado por la banda el himno nacional chileno, el Ministro de Educación, don Enrique Marshall, pronunció el siguiente discurso:

"El antagonismo entre las naciones mediterráneas y los pueblos nórdicos, con el constante desplazamiento del poderío económico hacia estos últimos, se reproduce, con caracteres aún más definidos, en el Nuevo Mundo. La América española y la América sajona ofrecen vivo contraste. Mientras la última trata principalmente de alcanzar el dominio tecnológico del medio físico y social — lo que un pensador americano llama actitud prometeica — los pueblos hispanoamericanos se desenvuelven económicamente en forma muy lenta y revelan, en general, cierta resistencia a adaptarse a la mentalidad propia de la era industrial, que en forma tan completa triunfa en los Estados Unidos

En las postrimerías del siglo XIX, los escritores atinoamericanos comienzan a inquietarse por el porvenir de este grupo inconexo de pequeñas naciones, políticamente anárquicas, económicamente atrasadas, pero capaces de traducir, en el verbo de algunos espíritus creadores, nuestra aptitud para conservar la cultura latina y para readaptarse constantemente a las nuevas formas que ella engendra. La clara conciencia de la oposición existente movió, a los intelectuales de la época, a afirmar nuestros propios valores y a mantener una actitud de permanente rebeldía moral ante el gigante del norte.

En este momento de la vida americana aparece, en el escenario de las letras, la noble figura de José Enrique Rodó.

Formado en la lectura de los grandes ensayistas del siglo anterior — Taine, Carlyle, Guyau, Emerson — y, sobre todo, de Ernesto Renán, no es difícil encontrar en él reminiscencias de Platón y de Marco Aurelio. De no mediar las circunstancias del momento histórico, el espíritu selecto de Rodo nos habría dejado solamente, tal vez, una obra escrita en forma impecable, en la más bella prosa de la época, en que se elogiasen los más elevados valores de la tradición humanista de Europa. Su nombre se habría incorporado a la historia de las literaturas uruguaya e hispanoamericana, como el de uno de los grandes renovadores, bajo la influencia del modernismo francés, de la prosa castellana, y como un ensayista brillante que, sin ahondar en el fundamento metafísico de sus puntos de vista, destacase el sentido moral de la tradición humanista y cristiana de la cultura latina. Habría sido un escritor exclusivamente universal, tal como aparece en los "Motivos de Proteo", un escritor que habría podido igualmente nacer y vivir en Europa y, quizá, más bien allá que acá. Pero no sería posible afirmar también que habría podido nacer, del mismo modo, en cualquier país de América. La noble tierra uruguaya, la patria de Zorrilla de San Martín, de Julio Herrera y Reissig, de Horacio Quiroga, de Carlos Vaz Ferreira, de Carlos Reyles, de Delmira Agustini y de Juana de Ibarbourú, debía ser la cuna del primer escritor hispanoamericano que tuvo el raro privilegio de unificar, en una aspiración común, el pensamiento colectivo de nuestras repúblicas.

Alejándose de su natural aristocraticismo, sintió Rodó la necesidad de interpretar el momento histórico, de dar una respuesta a la pregunta que, en el Uruguay y en los demás países de Hispanoamérica, se formulaban cuantos comprendían la incompatibilidad existente entre las dos Américas. Así nació "Ariel".

Este ensayo es, ante todo, una afirmación del humanismo grecolatino que inspira toda su obra. Pero es también la respuesta de la América Hispana, depositaria de una rica tradición cultural, al espíritu prometeico de los Estados Unidos. Rodó justifica los caracteres raciales, de los pueblos hispano americanos, reconoce su manifiesto atraso económico y afirma nuestra superioridad espiritual sobre la América Sajona. Si los Estados Unidos tienen la primacía económica y del poder material bajo todas sus formas, nosotros estamos, por el sentido idealizado de la vida tal como la comprende una aristocracia intelectual, por encima de ellos.

"Ariel" impresionó vivamente a los intelectuales hispanoamericanos. Su autor — maravilloso artista del lenguaje y vocero insigne de los grandes valores del espíritu — despertó en todas partes admiración y entusiasmo. Con "Ariel", una fuerte corriente de idealismo ético y artístico se incorpora al ambiente filosófico positivista heredado del siglo anterior.

Exalta Rodó todos los valores del espíritu. Quiere conciliar la existencia de una aristocracia intelectual, depositaria de la tradición humanista de Europa, con las tendencias niveladoras de la democracia. Su idealismo es más literario que filosófico, más estético que metafísico. No obedece a una concepción doctrinaria del mundo y de la vida. La belleza estética y moral del humanismo grecolatino y del cristianismo ejerce sobre su espíritu una extraordinaria seducción. Pueden adherir a su pensamiento hombres de las más variadas tendencias, siempre que, por temperamento, estén predestinados a concordar con su sensibilidad riquísima.

Tuvo Rodó el don de interpretar, mejor que nadie, un momento de la vida hispanoamericana. Durante las dos primeras décadas del presente siglo, "Ariel" fué el evangelio de las juventudes que afirmaban, orgullosas de su prosapia intelectual, la superioridad de nuestros pueblos, desde el punto de vista de los valores permanentes del espíritu, sobre la formidable civilización material de los Estados Unidos. Hay en esta actitud de Rodó un quijotismo de buena ley, único elemento quizás auténticamente español de su poderosa mentalidad, en que las influencias grecolatina y francesa parecen predominar sin contrapeso.

Ahora los tiempos han cambiado. Americanos del norte y americanos del sur tienden a superar las limitaciones de 1900. En las fiestas del centenario de la Independencia de Chile, el mismo Rodó, animado por un sentimiento americanista sin limitaciones, pidió "que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, pero que contesten con el nombre de América. Sabemos nosotros hoy muy bien que necesitamos asimilar la actitud prometeica de los Estados Unidos. Lo cual no significa que queremos dejar de ser lo que somos, que hayamos perdido la fe en los valores exaltados por Rodó, sino simplemente que queremos agregar una nueva faceta a nuestra mentalidad colectiva. Nosotros vemos, en la conquista de la riqueza, el medio más adecuado para ampliar, a la masa de nuestros compatriotas, los privilegios de la casta intelectual. Sólo una fuerte economía puede servir de fundamento a una cultura generalizada, a la cultura propia de una democracia auténtica.

Rendimos homenaje, con este monumento, a uno de los más grandes estilistas de Hispano américa, al moralista insigne de Montevideo que logró unir a las repúblicas hispanoamericanas en un sentimiento común de solidaridad racial. Enaltecemos además al Uruguay, su patria, gloriosa, uno de los centros más brillantes de la cultura hispanoamericana. Pero el símbolo elegido, por el artista nos dice algo más Nos recuerda que, por mucha y muy justificada importancia que demos al factor económico, debemos mantener siempre vivo entre nosotros el fervoroso culto del espíritu que anima la obra del ilustre maestro uruguayo y de un hondo sentido social y humano a sus producciones. Sólo así podremos cumplir un mandato histórico: el de conservar, propagar y perfeccionar, en el Nuevo Mundo, la civilización latina.

A nombre de S. E. el Presidente de la República, declaro inaugurado el monumento con que la nación chilena honra la memoria de José Enrique Rodó".

El Embajador Extraordinario de Uruguay, señor Dardo Regules, en los momentos en que pronuncia su discurso frente al monumento a Rodó.

SE DESCUBRE EL MONUMENTO

Eran las 12.07 minutos cuando fué descubierto el monumento a D. José Enrique Rodó, mientras los asistentes a la ceremonia guardaban absoluto silencio.

DISCURSO DEL ALCALDE DE PROVIDENCIA

A continuación habló el Alcalde de Providencia, don Rafael Vives, quien comenzó expresando: "La Comuna de Providencia ha recibido la honrosa misión de guardar en el más bello de sus jardines la escultura con que nuestros conciudadanos han querido venerar la memoria del ilustre pensador uruguayo José Enrique Rodó, orgullo de nuestra América Latina y figura cumbre de la intelectualidad".

"Como Alcalde de ella —dijo— quiero manifestar al Gobierno los agradecimientos del vecindario por el alto honor que se nos ha discernido, y al Excmo. señor Embajador Especial del Uruguay el sentimiento que experimento por no poder expresar, con el lenguaje rico y vibrante de aquel maestro incomparable, la admiración que experimentamos por quien fué apóstol del idealismo y de la unión espiritual de las jóvenes repúblicas ibero-americanas".

Luego agregó el señor Vives: "El cincel, animado por el alma selecta del escultor, nos presenta a Ariel, figura del alma de Rodó, con todos los atributos de la espiritualidad con que la pluma del ilustre escritor lo describe en su obra dedicada a las juventudes de nuestra América, y triunfante sobre Calibán, símbolo, como él expresa, de sensualidad y torpeza. De retorno de sus afanes diarios, en la tarde apacible de nuestra tierra, los vecinos de Providencia divisarán desde lejos, al entrar a nuestro hermoso parque, nimbado por su vegetación y sus flores, el dedo elevado hacia lo alto y la frente serena y amplia del Dios de la Mitología, y de lo íntimo de su ser nacerán hondas meditaciones sobre la belleza de una existencia que estuvo dedicada a enseñarnos las más elevadas consideraciones sobre el ideal".

A continuación actuó un coro a cuatro voces.

DISCURSO DEL ESCRITOR D. PEDRO PRADO

A nombre de la Sociedad de Escritores de Chile rindió un homenaje a Rodó D. Pedro Prado. "Vengo, dijo, a honrar la memoria de José Enrique Rodó y a enaltecer a la nación uruguaya tan dignamente representada por su Embajador, señor Dardo Regules.

"En este sitio predilecto de nuestra ciudad, junto al lecho por donde pasa cantando, el torrente cordillerano, nosotros oscuros poetas de este último rincón del mundo, comprendemos que nuestro país deslinda con la altura y la soledad; aquí, también, en este sitio libre del peso de la piedra y del cemento, en este maravilloso espacio rescatado a la humana codicia, se levanta este monumento destinado a perpetuar el nombre de quien pudo indicarnos el mundo de toda la humana grandeza".

En seguida el señor Prado hizo un elogio lírico de Rodó y de su vasta obra proyectada para orientar a las juventudes de América.

DISCURSO DEL EMBAJADOR SEÑOR REGULES

Cuando terminó de hablar el escritor don Pedro Prado, el Embajador Extraordinario de Uruguay, señor Dardo Regules, se adelantó a saludarlo efusivamente y a felicitarlo por su hermoso discurso.

El Embajador uruguayo, señor Regules, felicita a Totila Albert, por su inspirada creación del monumento a Rodó.

Los señores Regules y Prado han sido amigos por más de treinta años y el de ayer fué para ambos un bello y emocionado encuentro.

A continuación subió a la tribuna, para agradecer al Gobierno y a las autoridades metropolitanas la erección del monumento a Rodó y la inauguración del mismo, el Embajador señor Regules.

Comenzó, el distinguido visitante, expresando que, por la honda emoción que le embargaba, resultábale difícil hilvanar sus primeras palabras para traducir la gratitud del Gobierno y pueblo uruguayos, y la suya propia, hacia Chile por este generoso acto de alto sentido espiritual y de fraternal amistad.

La emoción, dijo, ha venido envolviéndome desde mi llegada al país y se ha acrecentado cuando he pasado junto a las banderas de Chile y de mi patria, y es mayor ahora, cuando, rodeado de altos personeros del Gobierno y de estos niños de la Escuela "República Oriental del Uruguay", me acogen con tanta cordialidad y tan sincero afecto.

Sólo puedo decir, en este instante, que en 1945, en el sitio elegido por nuestro Canciller, se levantará airoso el monumento del General Bernardo O'Higgins, vuestro prócer, que está destinado a expresar la amistad que Uruguay profesa a esta nación hermana de América.

A continuación el Embajador uruguayo hizo una brillante interpretación de la vida y de la obra de José Enrique Rodó, y evocó sucesos literarios de hace 40 años en los cuales participó junto al maestro.

Por último el señor Regules se refirió a la actual conflagración y dijo que en ella luchaban los hombres por la verdad y por la justicia, por alcanzar un mundo mejor para sus hijos y para los hijos de sus hijos.

Terminó manifestando que el mensaje de Rodó debían recibirlo hoy y mañana los niños de Chile y en general los de América entera, como lo hicieran los niños de ayer, porque él sirve de norma para orientar sus vidas en los planos de una elevada espiritualidad.

HIMNO NACIONAL URUGUAYO

Finalizó la ceremonia con la Canción Nacional de Uruguay cantada por los alumnos de la Escuela N.o 13. El Embajador, señor Regules, abandonó el sitio en que se hallaba para reunirse con los escolares chilenos y cantar, con ellos, el himno nacional de su patria.

Momentos después el Embajador, los Ministros de Estado y las demás personalidades asistentes al acto fueron invitados a un cóctel de honor, ofrecido por el alcalde de Providencia, señor Vives.